

del monasterio, fuese á encontrar á Teodoro en particular y le confesó su falta.

Viendo Teodoro el pesar que de ella tenía con la humilde confesion que acababa de hacerle, le perdonó; y llamando en seguida al que habían acusado injustamente, le dijo para consolarle estas hermosas palabras: « Yo sé, hermano mio, que sois inocente del latrocinio que se os ha imputado; pero si con este motivo habeis tenido que sufrir algo por parte de vuestros hermanos, aun cuando delante de Dios no lo hayais merecido por este hurto, debeis pensar que lo habeis merecido por otras faltas por las que erais deudor á su justicia. Así que conviene que os confirmeis siempre más y más en el temor del Señor, y le deis acciones de gracias. »

Este pequeño rasgo hace ver con qué discrecion y dulzura trataba Teodoro en sus visitas los asuntos litigiosos; pero en otras ocasiones sabia tener firmeza cuando era necesario; y si su dulzura le hacía amar de todos, no menos sabia ponerse sobre toda consideracion humana cuando en ello veía interesada la gloria del Señor, de lo cual se estaba convecido en todos los monasterios.

Mostró la vivacidad de su génio en la respuesta que hizo á un filósofo que le había propuesto una cuestion con el fin de embarazarle. Esto fué cuando San Pacomio le llevó con Corneille para la fundacion del monasterio de Pane. Este filósofo le preguntó quién era aquel que no habia nacido y que habia muerto; quien era aquel que habia nacido y que no habia muerto; y finalmente quien era aquel que habia nacido, que habia muerto, y cuyo cuerpo no se habia corrompido.

El primero, le dijo Teodoro, es Adan; porque no nació, sino que fué formado por las manos de Dios, y despues murió. El segundo es Enoc, el cual nació como los demás hombres; pero no murió, por que fué arrebatado de la tierra. El tercero es la muger de Lot, cuyo cuerpo fué con-

vertido en estatua de sal. Esta respuesta cerró la boca al filósofo el cual se retiró sin tener ganas de proponerle otra cuestion.

Aun que San Pacomio empleó á Teodoro en la conducta de los otros, no dejaba de velar por su adelantamiento particular en la perfeccion, y no omitía nada de lo que juzgaba necesario, ya para afirmarle en las virtudes que había adquirido, ya para enderezarle cuando hallaba en él alguna cosa reprehensible, ya para hacerle adquirir nuevos progresos.

Un dia en que padecía un muy violento dolor de cabeza, rogó á San Pacomio que le obtuviese de Dios la salud; pero el Santo que preferia el adelantamiento de su alma al alivio del cuerpo, no quiso usar en su favor el don que había recibido de Dios para curar los enfermos y le exhortó á llevar en paciencia su mal á ejemplo del santo Job.

Dios había favorecido á Teodoro con la gracia de visiones, segun que diremos luego, y nunca dejaba de dar cuenta á su padre espiritual San Pacomio cuando tenía alguna, y este Santo no le respondía ordinariamente más que para librarle de la vanagloria y contenerle constantemente dentro de los límites de la humildad.

Este excelente padre espiritual de las almas tratóle una vez con severidad, para purificarle de un sentimiento de vanidad, y sobre todo para hacerle en algun modo inalterable en una humildad perfecta; y Teodoro respondió á ello tan perfectamente, que no se sabe lo que debe admirarse más, si el zelo y la prudencia del maestro ó la docilidad del discípulo.

Dos años antes que muriese, se hallaba San Pacomio enfermo en Pabau; y sus principales discípulos se habian juntado en torno suyo, penetrados de dolor por el miedo de perderle. En esta solicitud, hablando entre ellos fuera de la presencia del Santo, empezaron á examinar quién podría

sucederle en su cargo; y como estaban persuadidos de que nadie poseía su espíritu mejor que Teodoro, le instaron á que les prometiese que en caso de que muriese su bienaventurado padre, no rehusaria encargarse de la conducta de los hermanos, siendo más á propósito que ningun otro para conservarles en la union. Teodoro resistió al principio y aun muchas veces; pero vencido con sus apremiantes sollicitaciones, les prometió por último que haría lo que deseaban.

Los que habian arrancado su consentimiento, estuvieron muy lejos de creer que hubiese hecho alguna falta al dársele; pero cuando San Pacomio lo supo, él que quería una mayor perfeccion en Teodoro, y sobre todo que estuviese exento del menor sentimiento de ambicion, no lo aprobó, y mostró en esto la superioridad de sus luces sobre las de sus discípulos, para discernir los sentimientos del amor propio; porque en efecto Teodoro se sintió atacado de pensamientos de vanidad que no habia tenido hasta entonces.

Para ahogar en él su semilla y hacer perfecta su virtud, San Pacomio le envió á buscar juntamente con los otros superiores, que eran Sur, Psantaese, Pafnucio y Corneille, y viéndoles á todos reunidos en torno suyo, les dijo que declarase cada uno en su presencia las faltas de que se sentian culpables, lo que nosotros llamaríamos decir su culpa. Díjola él antes que todos, para darles ejemplo. En seguida preguntó á Teodoro si tenia algo de que acusarse. Entonces Teodoro, confesando por humildad lo que pasaba en su alma, dijo: « Hace siete años que vos me habeis asociado á vuestro cargo en la visita de los monasterios y en el gobierno de los hermanos, y en todo este tiempo jamás he tenido el pensamiento de sucederos en la superioridad; pero ahora me siento muy atacado de esta tentacion y conozco que no la he combatido como debiera haberlo hecho.

« Decís bien, replicó San Pacomio, y veo que todavía no habeis llegado á ahogar completamente en vos los afectos depravados de la naturaleza. Necesitais vivir en el retiro y pedir allí perdon á Dios. » Con esto le descargó del cuidado de los hermanos y le redujo al estado de simple religioso.

Teodoro salió de la asamblea penetrado de un vivo dolor, no por haber sido depuesto de su cargo, sino por haber dado entrada en su corazon á la vanidad y haber contristado á su padre espiritual; y habiéndose retirado á una celda, entregóse allí á los gemidos y á las lágrimas, temiendo que Dios le arrojase de su presencia. ¡ Tanto era lo que su humildad y conpuncion agrandaban su falta en su espíritu !

Dos años estuvo en este estado de penitencia, esto es, hasta la muerte de San Pacomio: y durante todo este tiempo se entregó con tanto ardor á ejercitarse en la humildad, que en todo se conducía como un novicio.

Lloraba tan amargamente su falta que se temía que la abundancia de lágrimas le dañase la vista. Por último dió tantas muestras de una profunda humillacion, que San Pacomio no temió decir que Dios le habia concedido la gracia de adelantar siete veces más en la perfeccion después de este tiempo, de lo que lo habia hecho antes.

Hasta parece que el cielo habia prevenido este juicio del Santo por un favor particular; porque habiendo obtenido Teodoro, antes que entrase del todo en el retiro, ir á hacer un viage á Moncosa para dar allí término á un trabajo que exigia su presencia, halló en el bajel en el que se habia embarcado sobre el Nilo, á dos ancianos que le dieron esperanzas de que sería el heredero de las virtudes de su santo padre si permanecía bien sumiso á sus órdenes; y no habiendo visto más á él sus ancianos cuando hubo puesto el pié en tierra, tuvo motivo para creer que eran ángeles que Dios le habia enviado para consolarle, y San Pacomio no lo juzgó diferentemente.

Algunos meses antes de que muriese este santo patriarca, debiendo Zaqueo, procurador de la congregacion, ir á Alejandria, obtuvo de él que Teodoro le acompañase en su viaje. A su vuelta, Teodoro, fué á encontrarle en Pachnum, en donde se había retirado después del concilio de Latople, como dijimos en su Vida, y le contó el triste estado de la Iglesia de Alejandria á causa de la violencia de los arrianos; y habiendo San Pacomio caido pronto despues enfermo de la enfermedad de que murió, asistióle hasta el último suspiro.

El santo abad dióle en esta ocasion grandes muestras de ternura y le recomendó por tres veces que no abandonase á aquellos hermanos á quienes viese ser negligentes en el servicio de Dios; lo cual daba á entender suficientemente que un dia gobernaría la Orden; pero no quiso nombrarle su sucesor inmediato, á fin de dejarle tiempo para solidarse todavía más en una perfecta humildad.

Teodoro se portó siempre como un religioso que no tenía ninguna pretension por los cargos y que no se cuidaba más que de esconderse y confundirse entre la multitud de los hermanos. Se le veía sentado con los demás cuando Orsise hacía la instruccion á los religiosos, escuchándole con la sencillez de un niño, y como si no hubiese tenido ninguna luz; y cuando los hermanos le pedían algunos consejos espirituales ó que les contase las visiones que San Pacomio habia tenido, enviábalos á Orsise como á quien debían más bien dirigirse.

Lo que su historiador cuenta que le sucedió al ir á Pachnum es un rasgo de modestia tan agradable como edificante. Orsise le había enviado al principio á Pabau para que tuviese la intendencia de los obreros del monasterio. En seguida Macario, superior del monasterio de Pachnum, le pidió bajo pretexto de encargarse de la panadería pero en realidad para el consuelo espiritual de los hermanos. Diri-

gióse, pues, allá por el rio y, estando en el bajel, guardaba tanto recogimiento y un continente tan humilde, que un religioso que en él se encontraba y que no le conocia, le tomó por un novicio, se acercó á él y le dió consejos que pertenecen á un principiante. La modestia con que Teodoro le escuchó y las humildes respuestas que dió á sus preguntas le confirmaron más y más en esta idea; pero quedó muy admirado cuando estando próximo al monasterio á donde iba, vió que los religiosos, apenas supieron que llegaba, se apresuraban todos en salirle al encuentro y le recibieron con una alegría extraordinaria. Él se avergonzó de su equivocacion y quedó atemorizado una vez por haberse atrevido á dar consejos á un hombre de tan excelente mérito.

Ya dijimos en la Vida de Orsise, que no sintiéndose este superior con bastante fuerza y valor para remediar alguna relajacion que se había introducido en la orden por la indocilidad y ambicion de Apolonio, superior de Moncosa, había rogado á Dios que le designase un sucesor en quien pudiese descargarse del peso que le oprimía y que Dios le había señalado á Teodoro bajo una figura de una cama nueva sobre la cual podía descansar. Hemos contado asimismo que los superiores de los diversos monasterios acogieron con gozo la proposicion de Orsise, y que Teodoro no se rindió hasta despues de haber visto claramente que Dios quería que se encargase del gobierno de sus hermanos. Sin embargo él no se consideró nunca más que como el coadjutor de Orsise.

No se ha olvidado que el objeto principal de la eleccion que se había hecho de Teodoro era reunir los espíritus divididos. Sobre esto versó el primer discurso que este nuevo superior hizo á sus discípulos, exhortándoles grandemente á la mútua caridad. Púsoles delante de los ojos cuántas penas y combates contra los demonios habia costado á su

padre San Pacomio el establecimiento de la Orden, y cuán culpable serían si destruyesen por su division una obra tan grande. Representóles el dichoso estado en que se habían visto en tiempo de su santo Padre, para suplicarles que lo hiciesen revivir con una perfecta union y un total desapego de las cosas de la tierra. « No hace muchos años, les decia, que ha muerto nuestro Padre, y parece que hemos olvidado aquella alegría y tranquilidad de que gozábamos bajo su mando. Entonces nuestra disposicion era tal que todas nuestras reflexiones y conversaciones no versaban más que sobre la palabra de Dios más dulce que la miel. Vivíamos desapegados del afecto de las cosas terrenas y nuestra conversacion más estaba en el cielo que aquí abajo. Como aquel que estando helado de frio, corre con todas sus fuerzas hasta que siente el placer de haberse calentado, así tambien cuanto más busquemos á Dios con el ardor de nuestros deseos, tanto más gustaremos su bondad inefable y la dulzura de su presencia, cuando hayamos tenido la dicha de encontrarle. Pero hoy ; en cuán deplorable situacion están las cosas ! ¿ No nos hemos alejado de Dios ? No obstante volvamos á él y esperemos que cambiará nuestros corazones por un efecto de su grandisima misericordia. Hablábales así y estaba tan penetrado de lo que decia, que no pudo contener sus lágrimas y sacólas tambien de los ojos de todos los asistentes.

Muy pronto despues emprendió la visita de los monasterios acompañado de algunos religiosos y usando de toda la destreza que su caridad le proporcionaba para llevar los espíritus á la comun union. Logrólo esto de tal manera que indujo por último á Apolonio, superior de Moncosa, á entrar en la Orden de la que había separado su monasterio, lo cual era el principal obstáculo á la paz. De modo que restablecióse enteramente la buena armonia, y el enemigo de las almas, que habia encendido el fuego de la division fué confundido.

El historiador de su vida señala despues de estas pruebas de su prudencia, el que siendo reconocidas en todos los monasterios su dulzura y su moderacion, le atrajeron una tal confianza por parte de sus religiosos, que todos recurrian á él y le declaraban sin pena las más secretas disposiciones de su corazon. Él por su parte les consolaba, animaba, fortalecia, proveia de medios poderosos para resistir á las tentaciones del demonio, y trataba sus llagas interiores con toda la destreza y habilidad de un médico espiritual muy experimentado en el arte de conducir las almas.

Añade que usaba una paciencia y caridad maravillosas para con los que veia que no se aprovechaban bastante de sus consejos y descuidaban su salvacion, no dejando de exhortarles empleando para moverles la consideracion de las más espantosas verdades de la fé, y sobre todo recurriendo á la oracion, á fin de obtener de Dios su enmienda ; porque estaba persuadido que si les abandonaba por la dificultad que encontraba en hacerles entrar dentro de si mismos, Dios le exigiría cuenta de su pérdida y de la de los otros á quienes su mal ejemplo podría arrastrar.

Su respeto para con los obispos, á quienes consideraba como sucesores de los apóstoles y sus padres en Jesucristo, muestra igualmente su fe y su humildad. Había heredado de San Pacomio la profunda veneracion que tenía á San Atanasio ; y decia á este propósito á sus religiosos que debian acordarse de lo que su santo fundador les había hecho notar en cierta ocasion á saber que Dios habia mostrado en su tiempo tres maravillas en Egipto, para el consuelo y utilidad de los que se hallaban afligidos : San Atanasio, como un intrépido defensor de la fe de Jesucristo ; San Antonio, como un perfecto modelo de la vida solitaria y la órden de Tabennes para servir de regla á todos los que quieran abrazar el estado de cenobitas.